

## LETRAS AL MARGEN

DIARIO MODO-AMOR / SIN TÍTULO / DIBUJO / 2010



# ALGO FLOTA SOBRE EL AGUA

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Como les pasó a casi todos los miembros de mi generación, y tal vez un poco a los de las siguientes, de niño vi muchas películas mexicanas “clásicas”. Era inevitable en aquellas tardes muertas, cuando el sol pegaba fuerte y tras la comida había cabeza para ponerse a hacer la tarea, ver desfilan en la tele los rostros de Pedro Armendáriz,

Dolores del Río, María Félix, Jorge Negrete, Pedro Infante, Elsa Aguirre e Ignacio López Tarso, o los que nos tocaran en suerte según el gusto de los programadores. Esas cintas fueron parte de nuestra educación sentimental, junto con la canción ranchera, los boleros y las baladas pop, antes de que se generalizara en el país la música en inglés, y en general las manifestaciones de

la cultura anglosajona. Formado el gusto desde la infancia, en la adolescencia seguimos viendo cine mexicano viejo por televisión —a veces sin confesarlo— y desdeñándolo la mayor parte de las veces en las salas de cine.

Vi varias veces muchos de esos filmes. Llegué a aprenderme las partes de los actores en secuencias completas. Recuerdo, por ejemplo, cómo me maravillaban (y lo siguen

haciendo) algunos diálogos de *La oveja negra* y *No desearás la mujer de tu hijo*, protagonizadas por Pedro Infante y Fernando Soler. Como cuando Infante dice: “¿Pos qué le pasó, apá?” y Soler en su lecho responde: “Más bien qué no me pasó. Se me descuajaringó la pajarera, se me apachurró el cuajo y se me perjudicaron las agarraderas de la voluntad”. O más adelante, cuando el viejo afirma que llegó su hora, Infante le pregunta: “¿Cómo se va usted a morir, apá?” y el viejo explica: “Pos de cara a la pared y estirando la pata, según una vieja costumbre norteña, mijo”.

Guardo en la memoria escenas magníficas, perturbadoras; primeros planos donde las divas lucen como verdaderas diosas; tomas que son obras de arte indiscutibles y argumentos envidiables. Pero también hay títulos capaces de atraer, de inyectar inquietud y crear expectativa desde que se escuchan por primera vez. Uno de ellos, *Algo flota sobre el agua*, es de un filme de 1948 de Alfredo B. Crevenna, con Arturo de Córdova, Elsa Aguirre y Amparo Morillo.

Lo vi por vez primera a los diez años, una de esas tardes a las que me refiero, después de que terminara el programa del payaso Pipo. Supongo que, al oír el anuncio, rondaron mi mente imágenes de todo tipo, respondiendo al estímulo de las cinco palabras. ¿Qué puede flotar sobre el agua? Tras las primeras escenas lo supe: una mujer. Si a esa edad ya hubiera leído “El ahogado más hermoso

## **EL NIÑO QUE FUI Y VIO ESE FILME A LOS DIEZ AÑOS SOLO RETUVO EN SU MENTE LA HERMOSURA DE ELSA AGUIRRE, LA VOZ INIGUALABLE DE DE CÓRDOVA Y LA CERTEZA DE QUE DARLE TECHO A UNA MUJER BELLA, NO IMPORTA QUÉ TAN NECESITADA ESTÉ, ES UN PELIGRO PARA LA CASADA QUE QUIERE SEGUIR CONSERVANDO SU HOGAR INTACTO.**

del mundo”, de García Márquez, habría sabido que, si algo brota del agua, está destinado a trastocar el orden imperante del lugar al que llega, pero aún me faltaba para leer la obra del Gabo. De lo que sí estoy seguro ahora es de que el colombiano sí conocía *Algo flota sobre el agua*, ya sea en su versión cinematográfica o en la novela que le dio origen.

La mujer a la que rescatan los hombres en ese pueblo veracruzano de pescadores es Azalea, protagonizada por Elsa Aguirre (quien vive y no parece haber envejecido en setenta años), mujer misteriosa, sin pasado (como el ahogado del cuento), o por lo menos sin intenciones de recordarlo. Es acogida por el matrimonio caracterizado por De Córdova y la Morillo y, como en la historia del Gabo, llega para voltear de cabeza la situación en el pueblo y en el hogar que la acoge (de otra manera: Azalea está viva). El niño que fui y vio ese filme a los diez años solo retuvo en su mente la hermosura de Elsa Aguirre, la voz inigualable de De Córdova y la certeza de que darle techo a una mujer bella, no importa qué tan necesitada esté, es un peligro

para la casada que quiere seguir conservando su hogar intacto.

Volví a ver la película a los dieciséis años, cuando entendía un poco más de la vida y las relaciones humanas. En esa ocasión, aparte del triángulo amoroso que se establece entre los protagonistas, me atrajo el trasfondo social: la lucha de los pescadores en contra del patrón, quien pretende explotarlos comprándoles el pescado a precios ínfimos, la desconfianza que sienten hacia De Córdova por ser hijo de un antiguo testaferro del patrón, la añoranza de la esposa por la urbe donde creció y su consiguiente desprecio por la vida en el campo, junto al río. Sin embargo, el drama de la pasión del protagonista por la recién llegada seguía siendo la línea narrativa más potente: ¿cómo puede resistirse —pensar en otra cosa, desviar la vista, cerrar los sentidos— un hombre cuando tiene en casa una belleza como Elsa Aguirre? Es tema para pensar...

Pasaron los años y ya era un joven lector persistente cuando encontré en una librería de viejo la novela *Algo flota sobre el agua*, del

húngaro Lajos Zilahy. La tomé. ¿Así que se trataba de una novela? (Si hubiera puesto más atención a los créditos lo habría sabido antes.) Además, debió tratarse de una muy popular en el pasado: en el estante había diez ejemplares en distintas ediciones. Me llevé uno de la colección Rotativa, de Plaza & Janés, de 1976, casi treinta años luego del filme, lo cual indica que el libro siguió leyéndose en México mucho tiempo. Al caminar con ella bajo el brazo, me preguntaba qué es lo que hace que un relato deje de leerse de una generación a otra. En cuanto lo abrí hallé mi respuesta: el estilo era denso, las descripciones profundas, las reflexiones extensas y ensayísticas. Lo abandoné en el primer capítulo.

Pero siguieron pasando los años. Hace días, buscando qué leer, volví a hallar el volumen de Rotativa en un librero. Sin recordar por qué no lo había leído antes (lo supe al empezar a leerlo de nuevo), lo llevé a mi escritorio. Ya sin prisa por acumular lecturas, no fue tan arduo atravesar el pórtico introductorio. El lenguaje en realidad no es tan denso, las descripciones son bellas y, las reflexiones, puntuales y acertadas. Zilahy es un narrador excelente. Y, como suele ocurrir, casi desde el principio la novela se deslinda del filme, ocupando un sitio estético superior y evidenciando las diferencias. Para empezar, la novela no presenta ningún aspecto social. O a Zilahy no le interesaba la lucha de clases ni remarcar las injusticias, u optó por ceñirse a la línea principal (la única) del relato, pero en la

novela —publicada en 1928— los pescadores, aunque sean pobres, son solo hombres inmersos en sus tareas diarias, y por lo tanto al cernirse sobre ellos el drama no los distraen otras preocupaciones.

¿Por qué esas diferencias? ¿Se deben a las distintas épocas, a los veinte años de distancia entre la novela y el filme? ¿A las particularidades históricas y culturales de Hungría y México? ¿A los cambios en lo que respecta a los valores predominantes? ¿O, más sencillo, a la lejanía entre el lenguaje literario y el cinematográfico? Mientras en la novela Lajos Zilahy se centra en el conflicto del triángulo con precisión de cuentista, sin apartarse de él hasta convertir su relato en un verdadero estudio sobre la pasión amorosa desde el punto de vista del hombre, es decir, a través de la introspección, el filme se abre a otras tramas con el fin de involucrar más personajes y dar mayor agilidad a las escenas visuales. Si esta fuera la explicación, entonces se trata del lenguaje, de la adaptación de la novela al cine. Pero, ¿si se tratara de la adaptación a una época distinta, con valores nuevos y perspectivas diferentes?

Esto tal vez explicaría la posición de la esposa del protagonista —Zsuzsánna en la novela— en las dos obras. Zilahy la concibió como “una bue-

na mujer”, y para él, según el relato, una buena mujer es discreta, fiel, exenta de malicia, noble y creyente en Dios. De ese modo, el autor deja caer sobre János, el marido, un drama más intenso a la hora en que empieza a darse cuenta de lo que siente por la extraña. János ama a Zsuzsánna. Zsuzsánna es quien pide que Anada (así se llama en la novela) permanezca en casa. János presiente algo terrible desde el primer instante, pero Zsuzsánna se obstina. Después el autor narra, paso a paso, cómo evoluciona la pasión de János por Anada, desde cero hasta la tragedia. En la novela Zsuzsánna es un ser más bien pasivo, sus iniciativas son pocas, vive en función de su marido. ¿Así era “una buena mujer” en 1928 en Hungría?



## LOS VALORES, LAS TRADICIONES, LAS COSTUMBRES FORMAN PARTE DE LA CULTURA. Y LA CULTURA SE TRANSFORMA, A VECES DESPACIO, A VECES CON MUCHA VELOCIDAD.

En la película, la esposa también es “una buena mujer”, pero muy distinta a la de Zilahy. Aquí también vive en función de su marido, pero no tanto. Si bien lo acompaña de regreso al pueblo de pescadores donde vivió su infancia porque “quiere que sea feliz” —en la novela el matrimonio siempre ha vivido a la orilla del río—, también critica las costumbres campiranas e insiste en que estaban mejor en la ciudad. Es más perspicaz y, por supuesto, tiene malicia: sospecha de una mujer tan bella cerca de su hombre. ¿A qué se debe esta evolución en el personaje? ¿A que era necesario darle mayor protagonismo para que el filme fuera eficaz? ¿O a que una mujer como la concibió Lajos Zilahy quedaba demasiado anticuada en 1948?

En mi adolescencia, en una discusión con mi padre en la que yo cuestionaba ciertas costumbres familiares y de la sociedad, él me dijo que los valores son inmutables, que son como son para siempre. Yo, que había leído algo de axiología en la prepa, le retobé diciéndole que eran lo que con más frecuencia cambiaba con el paso del tiempo. No sé si estaba en lo cierto; creo que sí. Por ejemplo, ahora nadie habla de honor, ni de hombría, tal como lo enseñaban las viejas películas y novelas, mexicanas y de todo

el mundo. Y si se mencionan, significan algo distinto a lo que significaban entonces. Los valores, las tradiciones, las costumbres forman parte de la cultura. Y la cultura se transforma, a veces despacio, a veces con mucha velocidad. ¿Será esta la razón, además de la del lenguaje, de las diferencias entre las dos *Algo flota sobre el agua*? Tal vez la respuesta resida en otra pregunta: ¿cómo se filmaría hoy una película basada en la novela de Lajos Zilahy? ¿O cómo abordaríamos el mismo tema en una novela contemporánea?

Siguiendo el postulado original, el de la desconocida que es rescatada del río, donde estuvo a punto de ahogarse, y, al verla tan desvalida, la esposa insiste en que se quede en casa con ellos. Para empezar, la esposa no podría argumentar que necesita “una criada”, como en la novela de Zilahy, porque ahora eso no es políticamente correcto. Así que tendría que ser por otro motivo. János, el marido, tendría el mismo presentimiento de que darle techo a la bella desconocida desataría una tragedia. La diferencia sería que tal vez no sospecharía de sí mismo, sino de su mujer. ¿Por qué quiere tenerla aquí? ¿Le gustó? ¿Estarán aflorando en ella tendencias homosexuales latentes? O ¿quiere ponerme a

prueba? ¿Ver qué tan sólido es mi compromiso con ella?

Por supuesto, en caso de que siguiéramos adelante con la trama, al llegar al momento en que János acepta su pasión por Anada —después de vivir una tormenta interior por varios meses, en los que trata de negarla repitiéndose que ama solo a Zsuzsánna y que sería incapaz de hacerle daño— e intenta besarla en un momento en que están a solas, Anada tendría que culparlo de acoso sexual, o por lo menos amenazarlo con eso, pues al ser su patrón está en una posición de poder sobre ella y su acto es sumamente reprobable. No importa que después ella acceda a ese beso y a otras cosas, el acto inicial quedó registrado y debe pagar por ello.

Podríamos seguir añadiendo nuevas maneras y puntos de vista a este viejo relato, pero me temo que, si lo hacemos, la historia resultante sería bastante aburrida. Se diluiría en él ese estudio profundo de la pasión amorosa que escribió el autor húngaro, y tampoco quedarían rastros del trasfondo social que le añadió Crevenna en su filme. Restaría una historia enmarcada en lo políticamente correcto, es decir, sin sustancia literaria. Tal vez se perdería hasta el hermoso título: *Algo flota sobre el agua*. ●